

CAPÍTULO I

¡Tom! Silencio.

-¡Tom! Silencio.

-¡Dónde estará metido ese chico!... ¡Tom!

La anciana se bajó los anteojos y miró, por encima, alrededor del cuarto; después se los subió a la frente

y miró por debajo. Rara vez o nunca miraba a través de los cristales a cosa de tan poca importancia como

un chiquillo: eran aquéllos los lentes de ceremonia, su mayor orgullo, contruidos por ornato antes que para

servicio, y no hubiera visto mejor mirando a través de un par de mantas. Se quedó un instante perpleja y

dijo, no con cólera, pero lo bastante alto para que la oyeran los muebles:

-Bueno; pues te aseguro que si te echo mano te voy a...

No terminó la frase, porque antes se agachó dando estocadas con la escoba por debajo de la cama; así es

que necesitaba todo su aliento para puntuar los escobazos con resoplidos. Lo único que consiguió

desenterrar fue el gato.

-¡No se ha visto cosa igual que ese muchacho!

Fue hasta la puerta y se detuvo allí, recorriendo con la mirada las plantas de tomate y las hierbas

silvestres que constituían el jardín. Ni sombra de Tom. Alzó, pues, la voz a un ángulo de puntería calculado

para larga distancia y gritó:

-¡Tú! ¡Toooooom!

Oyó tras de ella un ligero ruido y se volvió a punto para atrapar a un muchacho por el borde de la

chaqueta y detener su vuelo.

-¡Ya estás! ¡Que no se me haya ocurrido pensar en esa despensa!... ¿Qué estabas haciendo ahí?

-Nada.

-¿Nada? Mírate esas manos, mírate esa boca... ¿Qué es eso pegajoso?

-No lo sé, tía.

-Bueno; pues yo sí lo sé. Es dulce, eso es. Mil veces te he dicho que como no dejes en paz ese dulce te

voy a despellejar vivo. Dame esa vara.

La vara se cernió en el aire. Aquello tomaba mal cariz.

-¡Dios mío! ¡Mire lo que tiene detrás, tía!

La anciana giró en redondo, recogiendo las faldas para esquivar el peligro; y en el mismo instante

escapó el chico, se encaramó por la alta valla de tablas y desapareció tras ella. Su tía Polly se quedó un

momento sorprendida y después se echó a reír bondadosamente.

-¡Diablo de chico! ¡Cuándo acabaré de aprender sus mañas!
¡Cuántas jugarretas como ésta no me habrá

hecho, y aún le hago caso! Pero las viejas bobas somos más bobas que nadie. Perro viejo no aprende

gracias nuevas, como suele decirse. Pero, ¡Señor!, si no me la juega del mismo modo dos días seguidos,

¿cómo va una a saber por dónde irá a salir? Parece que adivina hasta dónde puede atormentarme antes de

que llegue a montar en cólera, y sabe, el muy pillo, que si logra desconcertarme o hacerme reír ya todo se

ha acabado y no soy capaz de pegarle. No; la verdad es que no cumplo mi deber para con este chico: ésa es

la pura verdad. Tiene el diablo en el cuerpo; pero, ¡qué le voy a hacer! Es el hijo de mi pobre hermana

difunta, y no tengo entrañas para zurrarle. Cada vez que le dejo sin castigo me remuerde la conciencia, y

cada vez que le pego se me parte el corazón. ¡Todo sea por Dios! Pocos son los días del hombre nacido de

mujer y llenos de tribulación, como dice la Escritura, y así lo creo. Esta tarde se escapará del colegio y no

tendré más remedio que hacerle trabajar mañana como castigo. Cosa dura es obligarle a trabajar los

sábados, cuando todos los chicos tienen asueto; pero aborrece el trabajo más que ninguna otra cosa, y, o soy

un poco rígida con él, o me convertiré en la perdición de ese niño.

Tom hizo rabona, en efecto, y lo pasó en grande. Volvió a casa con el tiempo justo para ayudar a Jim, el

negrito, a aserrar la leña para el día siguiente y hacer astillas antes de la cena; pero, al menos, llegó a

tiempo para contar sus aventuras a Jim mientras éste hacía tres cuartas partes de la tarea.

Sid, el hermano

menor de Tom o mejor dicho, hermanastro, ya había dado fin a la suya de recoger astillas, pues era un

muchacho tranquilo, poco dado a aventuras ni calaveradas.

Mientras Tom cenaba y escamoteaba terrones

de azúcar cuando la ocasión se le ofrecía, su tía le hacía

preguntas llenas de malicia y trastienda, con el

intento de hacerle picar el anzuelo y sonsacarle reveladoras

confesiones. Como otras muchas personas,

igualmente sencillas y candorosas, se envanecía de poseer un

talento especial para la diplomacia tortuosa y

sutil, y se complacía en mirar sus más obvios y transparentes

artificios como maravillas de artera astucia.

Así, le dijo:

-Hacía bastante calor en la escuela, Tom; ¿no es cierto?

-Sí, señora.

-Muchísimo calor, ¿verdad?

-Sí, señora.

-¿Y no te entraron ganas de irte a nadar?

Tom sintió una vaga escama, un barrunto de alarmante sospecha. Examinó la cara de su tía Polly, pero

nada sacó en limpio. Así es que contestó:

-No, tía; vamos..., no muchas.

La anciana alargó la mano y le palpó la camisa.

-Pero ahora no tienes demasiado calor, con todo.

Y se quedó tan satisfecha por haber descubierto que la camisa estaba seca sin dejar traslucir que era

aquello lo que tenía en las mientes. Pero bien sabía ya Tom de dónde soplaban el viento. Así es que se

apresuró a parar el próximo golpe.

-Algunos chicos nos estuvimos echando agua por la cabeza. Aún la tengo húmeda. ¿Ve usted?

La tía Polly se quedó mohína, pensando que no había advertido aquel detalle acusador, y además le había

fallado un tiro. Pero tuvo una nueva inspiración.

-Dime, Tom: para mojarte la cabeza ¿no tuviste que descoserte el cuello de la camisa por donde yo te lo

cosí? ¡Desabróchate la chaqueta!

Toda sombra de alarma desapareció de la faz de Tom. Abrió la chaqueta. El cuello estaba cosido, y bien

cosido.

-¡Diablo de chico! Estaba segura de que habrías hecho rabona y de que te habrías ido a nadar. Me parece,

Tom, que eres como gato escaldado, como suele decirse, y mejor de lo que pareces. Al menos, por esta vez.

Le dolía un poco que su sagacidad le hubiera fallado, y se complacía de que Tom hubiera tropezado y

caído en la obediencia por una vez. Pero Sid dijo:

-Pues mire usted: yo diría que el cuello estaba cosido con hilo blanco y ahora es negro.

-¡Cierto que lo cosí con hilo blanco! ¡Tom!

Pero Tom no esperó el final. Al escapar gritó desde la puerta:

-Siddy, buena zurra te va a costar.

Ya en lugar seguro, sacó dos largas agujas que llevaba clavadas debajo de la solapa. En una había

enrollado hilo negro, y en la otra, blanco.

«Si no es por Sid no lo descubre. Unas veces lo cose con blanco y otras con negro. ¡Por qué no se

decidirá de una vez por uno a otro! Así no hay quien lleve la cuenta. Pero Sid me las ha de pagar,

¡reconcho!»

No era el niño modelo del lugar. Al niño modelo lo conocía de sobra, y lo detestaba con toda su alma.

Aún no habían pasado dos minutos cuando ya había olvidado sus cuitas y pesadumbres. No porque

fueran ni una pizca menos graves y amargas de lo que son para los hombres las de la edad madura, sino

porque un nuevo y absorbente interés las redujo a la nada y las apartó por entonces de su pensamiento, del

mismo modo como las desgracias de los mayores se olvidan en el anhelo y la excitación de nuevas

empresas. Este nuevo interés era cierta inapreciable novedad en el arte de silbar, en la que acababa de

adiestrarle un negro, y que ansiaba practicar a solas y tranquilo. Consistía en ciertas variaciones a estilo de

trino de pájaro, una especie de líquido gorjeo que resultaba de hacer vibrar la lengua contra el paladar y que

se intercalaba en la silbante melodía. Probablemente el lector recuerda cómo se hace, si es que ha sido

muchacho alguna vez. La aplicación y la perseverancia pronto le hicieron dar en el quid y echó a andar

calle adelante con la boca rebosando armonías y el alma llena de regocijo. Sentía lo mismo que

experimenta el astrónomo al descubrir una nueva estrella. No hay duda que en cuanto a lo intenso, hondo y

acendrado del placer, la ventaja estaba del lado del muchacho, no del astrónomo.

Los crepúsculos caniculares eran largos. Aún no era de noche. De pronto Tom suspendió el silbido: un

forastero estaba ante él; un muchacho que apenas le llevaba un dedo de ventaja en la estatura. Un recién

llegado, de cualquier edad o sexo, era una curiosidad emocionante en el pobre lugarejo de San Petersburgo.

El chico, además, estaba bien trajeado, y eso en un día no festivo. Esto era simplemente asombroso. El

sombrero era coquetón; la chaqueta, de paño azul, nueva, bien cortada y elegante; y a igual altura estaban

los pantalones. Tenía puestos los zapatos, aunque no era más que viernes. Hasta llevaba corbata: una cinta

de colores vivos. En toda su persona había un aire de ciudad que le dolía a Tom como una injuria. Cuanto

más contemplaba aquella esplendorosa maravilla, más alzaba en el aire la nariz con un gesto de desdén por

aquellas galas y más rota y desastrada le iba pareciendo su propia vestimenta. Ninguno de los dos hablaba.

Si uno se movía, se movía el otro, pero sólo de costado, haciendo rueda. Seguían cara a cara y mirándose a

los ojos sin pestañear. Al fin, Tom dijo:

-Yo te puedo.

-Pues anda y haz la prueba.

-Pues sí que te puedo.

-¡A que no!

-¡A que sí!

-¡A que no!

Siguió una pausa embarazosa. Después prosiguió Tom:

-Y tú, ¿cómo te llamas?

-¿Y a ti que te importa?

-Pues si me da la gana vas a ver si me importa.

-¿Pues por qué no te atreves?

-Como hables mucho lo vas a ver.

-¡Mucho..., mucho..., mucho!

-Tú te crees muy gracioso; pero con una mano atada atrás te podría dar una tunda si quisiera.

-¿A que no me la das?...

-¡Vaya un sombrero!

-Pues atrévete a tocármelo.

-Lo que eres tú es un mentiroso.

-Más lo eres tú.

-Como me digas esas cosas agarro una piedra y te la estrello en la cabeza.

-¡A que no!

-Lo que tú tienes es miedo.

-Más tienes tú.

Otra pausa, y más miradas, y más vueltas alrededor. Después empezaron a empujarse hombro con

hombro.

-Vete de aquí -dijo Tom.

-Vete tú -contestó el otro.

-No quiero.

-Pues yo tampoco.

Y así siguieron, cada uno apoyado en una pierna como en un puntal, y los dos empujando con toda su

alma y lanzándose furibundas miradas. Pero ninguno sacaba ventaja. Después de forcejear hasta que ambos

se pusieron encendidos y arrebatados los dos cedieron en el empuje, con desconfiada cautela, y Tom dijo:

-Tú eres un miedoso y un cobarde. Voy a decírselo a mi hermano grande, que te puede deshacer con el

dedo meñique.

-¡Pues sí que me importa tu hermano! Tengo yo uno mayor que el tuyo y que si lo coge lo tira por encima

de esa cerca. (Ambos hermanos eran imaginarios.)

-Eso es mentira.

-¡Porque tú lo digas!

Tom hizo una raya en el polvo con el dedo gordo del pie y dijo:

-Atrévete a pasar de aquí y soy capaz de pegarte hasta que no te puedas tener. El que se atreva se la gana.

El recién venido traspasó en seguida la raya y dijo:

Ya está: a ver si haces lo que dices.

-No me vengas con ésas; ándate con ojo.

-Bueno, pues ¡a que no lo haces!

-¡A que sí! Por dos centavos lo haría.

El recién venido sacó dos centavos del bolsillo y se los alargó burlonamente. Tom los tiró contra el suelo.

En el mismo instante rodaron los dos chicos, revolcándose en la tierra, agarrados como dos gatos, y

durante un minuto forcejearon asiéndose del pelo y de las ropas, se golpearon y arañaron las narices, y se

cubrieron de polvo y de gloria. Cuando la confusión tomó forma, a través de la polvareda de la batalla

apareció Tom sentado a horcajadas sobre el forastero y moliéndolo a puñetazos.

-¡Date por vencido!

El forastero no hacía sino luchar para libertarse. Estaba llorando, sobre todo de rabia.

-¡Date por vencido! -y siguió el machacamiento.

Al fin el forastero balbuceó un «me doy», y Tom le dejó levantarse y dijo:

-Eso, para que aprendas. Otra vez ten ojo con quién te metes.

El vencido se marchó sacudiéndose el polvo de la ropa, entre hipos y sollozos, y de cuando en cuando se

volvía moviendo la cabeza y amenazando a Tom con lo que le iba a hacer «la primera vez que lo

sorprendiera». A lo cual Tom respondió con mofa, y se echó a andar con orgulloso continente. Pero tan

pronto como volvió la espalda, su contrario cogió una piedra y se la arrojó, dándole en mitad de la espalda,

y en seguida volvió grupas y corrió como un antíope. Tom persiguió al traidor hasta su casa, y supo así

dónde vivía. Tomó posiciones por algún tiempo junto a la puerta del jardín y desafió a su enemigo a salir a

campo abierto; pero el enemigo se contentó con sacarle la lengua y hacerle muecas detrás de la vidriera. Al

fin apareció la madre del forastero, y llamó a Tom malo, tunante y ordinario, ordenándole que se largase de

allí. Tom se fue, pero no sin prometer antes que aquel chico se las había de pagar.

Llegó muy tarde a casa aquella noche, y al encaramarse cautelosamente a la ventana cayó en una

emboscada preparada por su tía, la cual, al ver el estado en que traía las ropas, se afirmó en la resolución de

convertir el asueto del sábado en cautividad y trabajos forzados.

CAPÍTULO II

Llegó la mañana del sábado y el mundo estival apareció luminoso y fresco y rebosante de vida. En cada

corazón resonaba un canto; y si el corazón era joven, la música subía hasta los labios.

Todas las caras

parecían alegres, y los cuerpos, anhelosos de movimiento. Las acacias estaban en flor y su fragancia

saturaba el aire.

El monte de Cardiff, al otro lado del pueblo, y alzándose por encima de él, estaba todo cubierto de verde

vegetación y lo bastante alejado para parecer una deliciosa tierra prometida que invitaba al reposo y al

ensueño.

Tom apareció en la calle con un cubo de lechada y una brocha atada en la punta de una pértiga. Echó una

mirada a la cerca, y la Naturaleza perdió toda alegría y una aplanadora tristeza descendió sobre su espíritu.

¡Treinta varas de valla de nueve pies de altura! Le pareció que la vida era vana y sin objeto y la existencia

una pesadumbre. Lanzando un suspiro, mojó la brocha y la pasó a lo largo del tablón más alto; repitió la

operación; la volvió a repetir, comparó la insignificante franja enjalbegada con el vasto continente de cerca

sin encalar, y se sentó sobre el boj, descorazonado Jim, salió a la puerta haciendo cabriolas, con un balde de

cinc y cantando Las muchachas de Búffalo. Acarrear agua desde la fuente del pueblo había sido siempre a

los ojos de Tom una cosa aborrecible; pero entonces no le pareció así. Se acordó de que no faltaba allí

compañía. Allí había siempre muchachos de ambos sexos, blancos, mulatos y negros, esperando vez; y

entretanto, holgazaneaban, hacían cambios, reñían, se pegaban y bromeaban. Y se acordó de que, aunque la

fuelle sólo distaba ciento cincuenta varas, Jim jamás estaba de vuelta con un balde de agua en menos de

una hora; y aun entonces era porque alguno había tenido que ir en su busca. Tom le dijo:

-Oye, Jim: yo iré a traer el agua si tú encalas un pedazo. Jim sacudió la cabeza y contestó:

-No puedo, amo Tom. El ama vieja me ha dicho que tengo que traer el agua y no entretenerme con nadie.

Ha dicho que se figuraba que el amo Tom me pediría que encalase, y que lo que tenía que hacer yo era

andar listo y no ocuparme más que de lo mío..., que ella se ocuparía del encalado.

-No te importe lo que haya dicho, Jim. Siempre dice lo mismo. Déjame el balde, y no tardo ni un minuto.

Ya verás cómo no se entera.

-No me atrevo, amo Tom... El ama me va a cortar el pescuezo. ¡De veras que sí!

-¿Ella?... Nunca pega a nadie. Da capirotaos con el dedal, y eso ¿a quién le importa? Amenaza mucho,

pero aunque hable no hace daño, a menos que se ponga a llorar. Jim, te daré una canica. Te daré una de las

blancas.

Jim empezó a vacilar.

-Una blanca, Jim; y es de primera.

-¡Anda! ¡De ésas se ven pocas! Pero tengo un miedo muy grande del ama vieja.

Pero Jim era de débil carne mortal. La tentación era demasiado fuerte. Puso el cubo en el suelo y cogió la

canica. Un instante después iba volando calle abajo con el cubo en la mano y un gran escozor en las

posaderas. Tom enjalbegaba con furia, y la tía Polly se retiraba del campo de batalla con una zapatilla en la

mano y el brillo de la victoria en los ojos.

Pero la energía de Tom duró poco. Empezó a pensar en todas las diversiones que había planeado para

aquel día, y sus penas se exacerbaron. Muy pronto los chicos que tenían asueto pasarían retozando, camino

de tentadoras excursiones, y se reirían de él porque tenía que trabajar... ; y esta idea le encendía la sangre

como un fuego. Sacó todas sus mundanales riquezas y les pasó revista: pedazos de juguetes, tabas y desper-

dicios heterogéneos; lo bastante quizá para lograr un cambio de tareas, pero no lo suficiente para poderlo

trocar por media hora de libertad completa. Se volvió, pues, a guardar en el bolsillo sus escasos recursos, y

abandonó la idea de intentar el soborno de los muchachos. En aquel tenebroso y desesperado momento

sintió una inspiración. Nada menos que una soberbia magnífica inspiración. Cogió la brocha y se puso

tranquilamente a trabajar. Ben Rogers apareció a la vista en aquel instante: de entre todos los chicos, era de

aquél precisamente de quien más había temido las burlas. Ben venía dando saltos y cabriolas, señal

evidente de que tenía el corazón libre de pesadumbres y grandes esperanzas de divertirse.

Estaba

comiéndose una manzana, y de cuando en cuando lanzaba un prolongado y melodioso alarido, seguido de

un bronco y profundo «tilín, tilín, tilón; tilín, tilón», porque, venía imitando a un vapor del Misisipí. Al

acercarse acortó la marcha, enfiló hacia el medio de la calle, se inclinó hacia estribor y tomó la vuelta de la

esquina pesadamente y con gran aparato y solemnidad, porque estaba representando al Gran Misuri y se

consideraba a sí mismo con nueve pies de calado. Era buque, capitán y campana de las máquinas, todo en

una pieza; y así es que tenía que imaginarse de pie en su propio puente, dando órdenes y ejecutándolas.

-¡Para! ¡Tilín, tilín, tilín! (La arrancada iba disminuyendo y el barco se acercaba lentamente a la acera.)

¡Máquina atrás! ¡Tilínlinlin! (Con los brazos rígidos, pegados a los costados.) ¡Atrás la de estribor!

¡Tilínlinlin! ¡Chuchuchu! (Entretanto el brazo derecho describía grandes círculos porque representaba

una rueda de cuarenta pies de diametro.) ¡Atrás la de babor! Tilín tilín, tilín!. (El brazo izquierdo empezó

a voltear.) ¡Avante la de babor! ¡Alto la de estribor! ¡Despacio a babor! ¡Listo con la amarra! ¡Alto! ¡Tilín,

tilín, tilín! ¡Chistsss!. (Imitando las llaves de escape.)

Tom siguió encalando, sin hacer caso del vapor. Ben se le quedó mirando un momento y dijo:

-¡Je, Je! Las estás pagando, ¿eh?

Se quedó sin respuesta. Tom examinó su último toque con mirada de artista; después dio otro ligero

brochazo y examinó, como antes, el resultado. Ben atracó a su costado. A Tom se le hacía la boca agua

pensando en la manzana; pero no cejó en su trabajo.

-¡Hola, compadre! -le dijo Ben-. Te hacen trabajar, ¿eh?

-¡Ah!, ¿eres tú, Ben? No te había visto.

-Oye, me voy a nadar. ¿No te gustaría venir? Pero, claro, te gustará más trabajar. Claro que te gustará.

Tom se le quedó mirando un instante y dijo:

-¿A qué llamas tú trabajo?

-¡Qué! ¿No es eso trabajo?

Tom reanudó su blanqueo y le contestó, distraídamente:

-Bueno; puede ser que lo sea y puede que no. Lo único que sé es que le gusta a Tom Sawyer.

-¡Vamos! ¿Me vas a hacer creer que a ti te gusta? La brocha continuó moviéndose.

-¿Gustar? No sé por qué no va a gustarme. ¿Es que le dejan a un chico blanquear una cerca todos los

días?

Aquello puso la cosa bajo una nueva luz. Ben dejó de mordisquear la manzana. Tom, movió la brocha,

coquetonamente, atrás y adelante; se retiró dos pasos para ver el efecto; añadió un toque allí y otro allá;

juzgó otra vez el resultado. Y en tanto Ben no perdía de vista un solo movimiento, cada vez más y más

interesado y absorto. Al fin dijo:

-Oye, Tom: déjame encalar un poco.

Tom reflexionó. Estaba a punto de acceder; pero cambió de propósito:

-No, no; eso no podría ser, Ben. Ya ves..., mi tía Polly es muy exigente para esta cerca porque está aquí,

en mitad de la calle, ¿sabes? Pero si fuera la cerca trasera no me importaría, ni a ella tampoco. No sabes tú

lo que le preocupa esta cerca; hay que hacerlo con la mar de cuidado; puede ser que no haya un chico entre

mil, ni aun entre dos mil que pueda encalarla de la manera que hay que hacerlo.

-¡Quiá!... ¿Lo dices de veras? Vamos, déjame que pruebe un poco; nada más que una miaja.

Si tú fueras

yo, te dejaría, Tom.

-De veras que quisiera dejarte, Ben; pero la tía Polly... Mira: Jim también quiso, y ella no le dejó. Sid

también quiso, y no lo consintió. ¿Ves por qué no puedo dejarte? ¡Si tú fueras a encargarte de esta cerca y

ocurriese algo!...

-Anda..., ya lo haré con cuidado. Déjame probar. Mira, te doy el corazón de la manzana.

-No puede ser. No, Ben; no me lo pidas; tengo miedo...

-¡Te la doy toda!

Tom le entregó la brocha, con desgano en el semblante y con entusiasmo en el corazón. Y mientras el ex

vapor Gran Misuri trabajaba y sudaba al sol, el artista retirado se sentó allí, cerca, en una barrica, a la

sombra, balanceando las piernas, se comió la manzana y planeó el degüello de los más inocentes. No

escaseó el material: a cada momento aparecían muchachos; venían a burlarse, pero se quedaban a encalar.

Para cuando Ben se rindió de cansancio, Tom había ya vendido el turno siguiente a Billy Fisher por una

cometa en buen estado; cuando éste se quedó aniquilado, Johnny Miller compró el derecho por una rata

muerta, con un bramante para hacerla girar; así siguió y siguió hora tras hora. Y cuando avanzó la tarde,

Tom, que por la mañana había sido un chico en la miseria,
nadaba materialmente en riquezas. Tenía,

además de las cosas que he mencionado, doce tabas, parte de
un cornetín, un trozo de vidrio azul de botella

para mirar las cosas a través de él, un carrete, una llave
incapaz de abrir nada, un pedazo de tiza, un tapón

de cristal, un soldado de plomo, un par de renacuajos, seis
cohetillos, un gatito tuerto, un tirador de puerta,

un collar de perro (pero sin perro), el mango de un cuchillo y
una falleba destrozada. Había, entretanto,

pasado una tarde deliciosa, en la holganza, con abundante y
grata compañía, y la cerca

¡tenía tres manos de

cal! De no habersele agotado la existencia de lechada, habría
hecho declararse en quiebra a todos los chicos

del lugar.

Tom se decía que, después de todo, el mundo no era un páramo. Había descubierto, sin darse cuenta, uno

de los principios fundamentales de la conducta humana, a saber: que para que alguien, hombre o muchacho,

anhele alguna cosa, sólo es necesario hacerla difícil de conseguir. Si hubiera sido un eximio y agudo

filósofo, como el autor de este libro, hubiera comprendido entonces que el trabajo consiste en lo que

estamos obligados a hacer, sea lo que sea, y que el juego consiste en aquello a lo que no se nos obliga. Y

esto le ayudaría a entender por qué confeccionar flores artificiales o andar en el treadmill¹ es trabajo,

mientras que jugar a los bolos o escalar el MontBlanc no es más que divertimento. Hay en Inglaterra

caballeros opulentos que durante el verano guían las diligencias de cuatro caballos y hacen el servicio

diario de veinte o treinta millas porque el hacerlo les cuesta mucho dinero; pero si se les ofreciera un salario

por su tarea, eso la convertiría en trabajo, y entonces dimitirían.

CAPÍTULO III

Tom se presentó a su tía, que estaba sentada junto a la ventana, abierta de par en par, en un alegre

cuartito de las traseras de la casa, el cual servía a la vez de alcoba, comedor y despacho. La tibieza del aire

estival, el olor de las flores y el zumbido adormecedor de las abejas habían producido su efecto, y la

anciana estaba dando cabezadas sobre la calceta..., pues no tenía otra compañía que la del gato y éste se

hallaba dormido sobre su falda. Estaba tan segura de que Tom habría ya desertado de su trabajo hacía

mucho rato, que se sorprendió de verle entregarse así, con tal intrepidez, en sus manos. Él dijo:

-¿Me puedo ir a jugar, tía?

-¡Qué! ¿Tan pronto? ¿ Cuánto has enjalbegado? Ya está todo, tía.

-Tom, no me mientas. No lo puedo sufrir.

-No miento, tía; ya está todo hecho.

La tía Polly confiaba poco en tal testimonio. Salió a ver por sí misma, y se hubiera dado por satisfecha

con haber encontrado un veinticinco por ciento de verdad en lo afirmado por Tom. Cuando vio toda la

cerca encalada, y no sólo encalada sino primorosamente reposado con varias manos de lechada, y hasta con

una franja de añadidura en el suelo, su asombro no podía expresarse en palabras.

-¡Alabado sea Dios! -dijo-. ¡Nunca lo creyera! No se puede negar: sabes trabajar cuando te da por ahí. Y

después añadió, aguando el elogio-. Pero te da por ahí rara vez,
la verdad sea dicha. Bueno, anda a jugar;

pero acuérdate y no tardes una semana en volver, porque te
voy a dar una zurra.

Tan emocionada estaba por la brillante hazaña de su sobrino,
que lo llevó a la despensa, escogió la mejor

manzana y se la entregó, juntamente con una edificante
disertación sobre el gran valor y el gusto especial

que adquieren los dones cuando nos vienen no por
pecaminosos medios, sino por nuestro propio virtuoso

esfuerzo. Y mientras terminaba con un oportuno latiguillo
bíblico, Tom le escamoteó una rosquilla.

Después se fue dando saltos, y vio a Sid en el momento en que
empezaba a subir la escalera exterior que

conducía a las habitaciones altas, por detrás de la casa. Había abundancia de terrones a mano, y el aire se

llenó de ellos en un segundo. Zumbaban en torno de Sid como una granizada, y antes de que tía Polly

pudiera volver de su sorpresa y acudir en socorro, seis o siete pellazos habían producido efecto sobre la per-

sona de Sid y Tom había saltado la cerca y desaparecido. Había allí una puerta; pero a Tom, por regla

general, le escaseaba el tiempo para poder usarla. Sintió descender la paz sobre su espíritu una vez que ya

había ajustado cuentas con Sid por haber descubierto lo del hilo, poniéndolo en dificultades.

Dio la vuelta a toda la manzana y vino a parar a una calleja fangosa, por detrás del establo donde su tía

tenía las vacas. Ya estaba fuera de todo peligro de captura y castigo, y se encaminó apresurado hacia la

plaza pública del pueblo, donde dos batallones de chicos se habían reunido para librar una batalla, según

tenían convenido. Tom era general de uno de los dos ejércitos; Joe Harper (un amigo del alma), general del

otro. Estos eximios caudillos no descendían hasta luchar personalmente -eso se quedaba para la morralla-,

sino que se sentaban mano a mano en una eminencia y desde allí conducían las marciales operaciones

dando órdenes que transmitían sus ayudantes de campo. El ejército de Tom ganó una gran victoria tras rudo

y tenaz combate. Después se contaron los muertos, se canjearon prisioneros y se acordaron los términos del

próximo desacuerdo; y hecho esto, los dos ejércitos formaron y se fueron, y Tom se volvió solo hacia su

morada.

Al pasar junto a la casa donde vivía Jeff Thatcher vio en el jardín a una niña desconocida: una linda

criaturita de ojos azules, con el pelo rubio peinado en dos largas trenzas, delantal blanco de verano y

pantalón con puntillas. El héroe, recién coronado de laureles, cayó sin disparar un tiro. Una cierta Amy

Lawrence se disipó en su corazón y no dejó ni un recuerdo detrás. Se había creído locamente enamorado, le

había parecido su pasión, un fervoroso culto, y he aquí que no era más que una trivial y efímera debilidad.

Había dedicado meses a su conquista, apenas hacía una semana que ella se había rendido, él había sido

durante siete breves días el más feliz y orgulloso de los chicos; y allí en un instante la había despedido de

su pecho sin un adiós.

Adoró a esta repentina y seráfica aparición con furtivas miradas hasta que notó que ella le había visto;

fingió entonces que no había advertido su presencia, y empezó «a presumir» haciendo toda suerte de

absurdas a infantiles habilidades para ganarse su admiración. Continuó por un rato la grotesca exhibición;

pero al poco, y mientras realizaba ciertos ejercicios gimnásticos arriesgadísimos, vio con el rabillo del ojo

que la niña se dirigía hacia la casa. Tom se acercó a la valla y se apoyó en ella, afligido, con la esperanza de

que aún se detendría un rato. Ella se paró un momento en los escalones y avanzó hacia la puerta. Tom lanzó

un hondo suspiro al verla poner el pie en el umbral; pero su faz se iluminó de pronto, pues la niña arrojó un

pensamiento por encima de la valla, antes de desaparecer. El rapaz echó a correr y dobló la esquina, dete-

niéndose a corta distancia de la flor; y entonces se entoldó los ojos con la mano y empezó a mirar calle

abajo, como si hubiera descubierto en aquella dirección algo de gran interés. Después cogió una paja del

suelo y trató de sostenerla en equilibrio sobre la punta de la nariz, echando hacia atrás la cabeza; y mientras

se movía de aquí para allá, para sostener la paja, se fue acercando más y más al pensamiento, y al cabo le

puso encima su pie desnudo, lo agarró con prensiles dedos, se fue con él renqueando y desapareció tras de

la esquina. Pero nada más que por un instante: el preciso para colocarse la flor en un ojal, por dentro de la

chaqueta, próxima al corazón o, probablemente, al estómago, porque no era ducho en anatomía, y en modo

alguno supercrítico.

Volvió en seguida y rondó en torno de la valla hasta la noche «presumiendo» como antes; pero la niña no

se dejó ver, y Tom se consoló pensando que quizá se habría acercado a alguna ventana y habría visto sus

homenajes. Al fin se fue a su casa, de mala gana, con la cabeza llena de ilusiones.

Durante la cena estaba tan inquieto y alborotado, que su tía se preguntaba «qué es lo que le pasaría a ese

chico». Sufrió una buena reprimenda por el apedreamiento, y no le importó ni un comino.

Trató de robar

azúcar, y recibió un golpe en los nudillos.

-Tía-dijo-, a Sid no le pegas cuando la coge.

-No; pero no la atormenta a una como me atormentas tú. No quitarías mano al azúcar si no te estuviera

mirando.

A poco se metió la tía en la cocina, y Sid, glorioso de su inmunidad, alargó la mano hacia el azucarero, lo

cual era alarde afrentoso para Tom, a duras penas soportable. Pero a Sid se le escurrieron los dedos y el

azucarero cayó y se hizo pedazos. Tom se quedó en suspenso, en un raptó de alegría; tan enajenado, que

pudo contener la lengua y guardar silencio. Pensaba que no diría palabra, ni siquiera cuando entrase su tía,

sino que seguiría sentado y quedo hasta que ella preguntase quién había hecho el estropicio; entonces se lo

diría, y no habría cosa más gustosa en el mundo que ver al «modelo» atrapado. Tan entusiasmado estaba

que apenas se pudo contener cuando volvió la anciana y se detuvo ante las ruinas lanzando relámpagos de

cólera por encima de los lentes. «¡Ahora se arma!» -pensó Tom. Y en el mismo instante estaba

despatarrado en el suelo. La recia mano vengativa estaba levantada en el aire para repetir el golpe, cuando

Tom gritó:

-¡Quieta! ¿Por qué me zurra? ¡Sid es el que lo ha roto!

Tía Polly se detuvo perpleja, y Tom esperaba una reparadora compasión. Pero cuando ella recobró la

palabra, se limitó a decir:

-¡Vaya! No te habrá venido de más una tunda, se me figura. De seguro que habrás estado haciendo

alguna otra trastada mientras yo no estaba aquí.

Después le remordió la conciencia, y ansiaba decir algo tierno y cariñoso; pero pensó que esto se

interpretaría como una confesión de haber obrado mal y la disciplina no se lo permitió; prosiguió, pues, sus

quehaceres con un peso sobre el corazón. Tom, sombrío y enfurruñado, se agazapó en un rincón, y exageró,

agravándolas, sus cuitas. Bien sabía que su tía estaba, en espíritu, de rodillas ante él, y eso le proporcionaba

una triste alegría. No quería arriar la bandera ni darse por enterado de las señales del enemigo. Bien sabía

que una mirada ansiosa se posaba sobre él de cuando en cuando, a través de lágrimas contenidas; pero se

negaba a reconocerlo. Se imaginaba a sí mismo postrado y moribundo y a su tía inclinada sobre él,

mendigando una palabra de perdón; pero volvía la cara a la pared, y moría sin que la palabra llegase a salir

de sus labios. ¿Qué pensaría entonces su tía? Y se figuraba traído a casa desde el río, ahogado, con los rizos

empapados, las manos flácidas y su mísero corazón en reposo. ¡Cómo se arrojaría sobre él, y lloraría a

mares, y pediría a Dios que le devolviese su chico, jurando que nunca volvería a tratarle mal! Pero él

permanecería pálido y frío, sin dar señal de vida...; ¡pobre mártir
cuyas penas habían ya acabado para

siempre! De tal manera excitaba su enternecimiento con lo
patético de esos ensueños, que tenía que estar

tragando saliva, a punto de atosigarse; y sus ojos enturbiados
nadaban en agua, la cual se derramaba al

parpadear y se deslizaba y caía a gotas por la punta de la nariz.
Y tal voluptuosidad experimentaba al mirar

y acariciar así sus penas, que no podía tolerar la intromisión de
cualquier alegría terrena o de cualquier

inoportuno deleite; era cosa tan sagrada que no admitía
contactos profanos; y por eso, cuando su prima

Mary entró dando saltos de contenta, encantada de verse otra
vez en casa después de una eterna ausencia de

una semana en el campo, Tom se levantó y, sumido en brumas
y tinieblas, salió por una puerta cuando ella

entró por la otra trayendo consigo la luz y la alegría.
Vagabundeo de los sitios frecuentados por los

rapaces y buscó parajes desolados, en armonía con su espíritu.
Una larga almadía de troncos, en la orilla del

río, le atrajo; y sentándose en el horde, sobre el agua,
contempló la vasta y desolada extensión de la

corriente. Hubiera deseado morir ahogado; pero de pronto, y
sin darse cuenta, y sin tener que pasar por el

desagradable y rutinario programa ideado para estos casos
por la Naturaleza. Después se acordó de su flor.

La sacó, estrujada y lacia, y su vista acrecentó en alto grado su
melancólica felicidad. Se preguntó si ella se

compadecería si lo supiera. ¿Lloraría? ¿Querría poder echarle los brazos al cuello y consolarlo? ¿O le

volvería fríamente la espalda, como todo el resto de la humanidad? Esta visión le causó tales agonías de

delicioso sufrimiento, que la reprodujo una y otra vez en su magín y la volvía a imaginar con nuevos y

variados aspectos, hasta dejarla gastada y pelada por el uso. Al fin se levantó dando un suspiro, y partió

entre las sombras. Serían las nueve y media o las diez cuando vino a dar a la calle ya desierta, donde vivía

la amada desconocida. Se detuvo un momento: ningún ruido llegó a sus oídos; una bujía proyectaba un

mortecino resplandor sobre la cortina de una ventana del piso alto. ¿Estaba ella allí? Trepó por la valla,

marchó con cauteloso paso, por entre las plantas, hasta llegar
bajo la ventana; miró hacia arriba largo rato,

emocionado; después se echó en el suelo, tendiéndose de
espaldas, con las manos cruzadas sobre el pecho y

en ellas la pobre flor marchita. Y así quisiera morir...,
abandonado de todos, sin cobijo sobre su cabeza, sin

una mano querida que enjugase el sudor de su frente, sin una
cara amiga que se inclinase sobre él,

compasiva, en el trance final. Y así lo vería ella cuando se
asomase a mirar la alegría de la mañana..., y,

¡ay! ¿dejaría caer una lágrima sobre el pobre cuerpo inmóvil,
lanzaría un suspiro al ver una vida juvenil tan

intempestivamente tronchada?

La ventana se abrió; la voz áspera de una criada profanó el
augusto silencio, y un diluvio de agua dejó

empapados los restos del mártir tendido en tierra.

El héroe, medio ahogado, se irguió de un salto, resoplando; se oyó el zumbido de una piedra en el aire,

entremezclado con el murmullo de una imprecación; después, como un estrépito de cristales rotos; y una

diminuta forma fugitiva saltó por encima de la valla y se alejó, disparada, en las tinieblas.

Poco después, cuando Tom, desnudo para acostarse examinaba sus ropas remojadas, a la luz de un cabo

de vela, Sid se despertó; pero si es que tuvo alguna idea de hacer «alusiones personales», lo pensó mejor y

se estuvo quedo..., pues en los ojos de Tom había un brillo amenazador. Tom se metió en la cama sin añadir

a sus enojos el de rezar, y Sid apuntó en su memoria esta omisión.